

Época, Año 4, N° 1278, Montevideo, miércoles 2 de marzo de 1966, pp. 12-13.

Carlos Real de Azúa  
**ÚLTIMA RESPUESTA A UN SEGUNDO**

Considera **grave** que **encuentre tribunas** para replicarle, el distinguido profesor Ardao (los subrayados son míos; si no hay negrita que vayan como puedan). ¡Amable dialogar, liberalísimo profesor! ¡Digno historiador del liberalismo doctoral y filosófico del país! En trance de controversia, los hombres cuyo pensamiento él ha reconocido con más minucia que sal, no era raro que ofrecieran a su discrepante la hoja o el aula en que se expedían. Él, en cambio, quiere hacerme callar. No en balde estamos en la “*edad de las ortodoxias*”. (Aunque algunos pensarán, achicando la cosa: como “*in vino veritas*”, “*in ira veritas*”).

En una cosa voy a darle el gusto y es en replicarle por última vez. A él parece sobrarle el espacio de MARCHA. Yo escribo en un diario que tiene que mirar avaramente sus pliegos. A él parece sobrarle el tiempo. Yo lo necesito para deberes más urgentes. De modo que vuelque en una vez –o en muchas, si quiere– lo que tiene que decir. Se terminó el intercambio, por áspero que fuese. O, como decía mi viejo profesor Fructuoso Pittaluga cerrando una polémica: “*Os doy patente de corso para que sigáis despotricando contra mí*”. Suena a Sandokan, pero suena bien.

*EL CÍRCULO DE HIERRO*

Al encontrarme por tercera vez en sus numerosos desplazamientos veraniegos, el profesor Ardao sigue conservando muchas ilusiones y una de ellas tiene que ver con una confusión. Es la confusión entre lo “*difícil*” y lo “*desagradable*”. Algunas polémicas he sostenido y ninguna más fácil que la presente. Pero pienso que se creará en mi palabra si afirmo que nunca tuve que cruzar argumentos con nadie más cerrado a recibirlos, más inclinado a minimizar cualquier asunto, menos resistente a personalizarlo cuando el hacerlo parece la única –y redituable– salida. Varios otros desagradados podría enumerar pero prefiero clausurar la lista subrayando hasta qué punto parece inapto el profesor Ardao para jugar como parte en un debate. En un debate, claro está, concebido como una relación igualitaria entre personas que discuten un asunto de interés general y fundamentalmente externo a ambos. En mi respuesta anterior hablaba de la relación cómitre-galeoto. Ahora la imagen cambió y se trata de un bicho y el cazador. Yo estoy dentro de su **círculo de hierro** y no me he de escapar. Algún animal, no recuerdo cuál es, se captura así pero cualquier círculo sirve.

Él lo quiere de **hierro** (la expresión es suya). Y acoge con orgullo la hipótesis de **su geométrico dibujo mental** (la expresión es mía) y también está su **granítico reducto** (la expresión no podría ser más que suya). Es en verdad extraño el espectáculo que brinda este filósofo de 1966 tan obsesivamente centrado en figuras de rigidez y de mineralidad. Esto en un tiempo en el que el pensar humano –en su intento de apresar lo real y casi más allá de cualquier divergencia– busca calidades que, de representarse, lo serían del más antagónico modo. Imágenes de fluidez, imágenes de levedad, imágenes de movilidad. Él prefiere los reductos y los chalecos de fuerza. Con que a no engañarse. Debajo de este contemporáneo hay un domínico del siglo XIV. (Para hacer una comparación halagüeña).

Cierro este intento tipológico y observo que el profesor vuelve a hacer oídos sordos a mis reflexiones sobre el escaso valor argumentativo del razonamiento “*ad hominem*” (o vulgarmente, el puntapié al tobillo). Nada replica; sin embargo, en él sigue embarcado. Según el profesor, hablar del “*tercerismo*” pasado, presente o futuro es cuestión que se gana por derecho de antigüedad calificada: muchos años al pie del cañón y buenas notas (que él muy generosamente se concede). Apuntaré más tarde qué verdad hay en todo esto pero, antes de hacerlo, pregunto que, si lo anterior no fuera cierto, qué sentido tienen sus expresiones (tal vez involuntarias). ¿A qué **juego** se refiere? ¿A qué derecho a hablar él (nosotros) y no yo (él) ? ¿Acaso el libro de Solari y sus secuelas es un cotejo de conductas personales entre el profesor y quien escribe? ¿Se trata de una prédica en la que (aun hipotéticamente) el ejemplo es decisivo? El análisis de una corriente mundial que en puridad abarca todo lo que existe entre el filoyanquismo incondicional y el desgarrado exmonolitismo del mundo socialista, ¿es un debate que pueda centrarse en lo que dos montevideanos fueron hace un cuarto y aun un tercio de siglo? Parecería que el buen sentido contesta holgadamente estas preguntas. Lo contesta salvo para el profesor. Él no sale todavía de su postiza “*impresión*” al oír mentar una sogá que no era sogá por parte de un ahorcado que, de haber estado dispuesto a serlo, hubiera elegido un auténtico cáñamo para llegar al estado de tal.

¿QUÉ HA PASADO?

Pero está dispuesto a no cejar y a no oír y así, como a criminal de guerra me trata el profesor Ardao, dibujándome una trayectoria ideológica, reconstruyéndome un pasado –digamos mejor– en el que unos puntos podrían completarse, otros matizarse y alguno devaluarse. No me siento llamado a hacerlo –y menos ante él–, más allá de ciertas precisiones que muestren su intención. Pero es el caso que el profesor, que me conoce desde hace bastantes años, no siempre mostró ante mi persona ese gesto fiscal y ese ademán ceñudo que ahora ha creído el caso desenfundar. Será recuerdo menor el que nuestro trato haya sido siempre muy cordial y que posea dedicadas sus obras –libros y folletos– con amables constancias. Ya no es tan menor recordar que hacia 1957 o 1958 (no recuerdo

exactamente el año) el profesor me propusiese –junto a un limitado número de estudiosos– formar parte de la filial uruguaya del Comité de Historia de las Ideas en América y, sobre ello, desempeñar la secretaría del mencionado centro. Evidentemente, algo ha pasado entre aquel entonces y hoy y en el que nada tienen que ver la Hispanidad, ni el antisemitismo, ni Blanco Acevedo ni Nardone. Y ese algo que ha pasado es que me he permitido disentir con él.

El profesor está dotado de una susceptibilidad y aun de una excitabilidad que no creo aventurado llamar excesiva. Si tuviera espacio y me importara no sería ocioso recapitular el origen de varios de sus escritos, desde alguno que atañe a las ideas filosóficas que habría profesado Batlle y Ordóñez a otros que versan sobre el origen de la cátedra de economía política o sobre cuál fue la última historia de la literatura nacional. A otros recordarlo. Yo en cambio debo hacerlo, porque éste sí, me **impresionó** realmente, un pasaje de la última conversación que sostuve con el profesor. En ella me reprochó, todavía amablemente, “*el palo*” que le había lanzado en un librito mío, entonces reciente. Al volver a casa busqué el pasaje. Se halla en nota a la página 33 de **El impulso y su freno** (Montevideo, 1964) y dejo a quien quiera comprobar el punto si le cabe el calificativo de “*palo*”. Como en el caso del tercerismo, nada comienza de la nada y esta necesidad de contestarse y recontestarse no se originó el mes pasado. Sólo importa ahora señalar que a mis dos primeras notas sobre el libro de Solari las llame **agresivas andanadas** (contra él). Que objetar su crítica sea para el profesor un **desplante**; no coincidir con él, **atacarlo**. Suponiendo que el texto de Solari era pretexto y el tercerismo **blá blá**, afirma con seguridad: **nos había dedicado ya dos notas**. Que en aquellas notas hay referencias a las tuyas no me interesa negarlo: sobre representar el primer eco que el libro hasta entonces había despertado y ser su tono y su enfoque materia del comentario (generalmente asombrado) de los lectores de MARCHA, creía (y sigo creyendo) que objetaban la obra por el flanco que menos importaba y soslayaban, sin fruto para nadie, el único asunto que el libro de Solari puede, con eficacia, suscitar. Esto es: ¿qué es hoy y en qué ha parado el “*tercerismo*”? ¿Qué tiene que decir de la formalización de una voluntad política unitaria en ese “*tercer mundo*” que, cuando él nació, era apenas un barrunto? ¿Cómo, y en qué direcciones, lo ha afectado la Revolución cubana, las experiencias (tristes experiencias) del “*desarrollo en la libertad*”, la desmonolitización del mundo socialista, las nuevas formas de presión del imperialismo? ¿En qué ha parado la presunta “*equidistancia*” de los primeros tiempos? ¿Dónde yacen los posibles peligros ideológicos del libro y hasta dónde ellos dan pie o hacen oportuno o factible una tentativa de redefinición o archivo del tercerismo?

Y, sobre todo, ¿hasta qué grado de precisión se puede ver perfilando una “*ideología*” la concurrencia de textos tan diferentes pero tan secretamente ligados como algunos de Sartre (sobre todo su prólogo a los escritos de Lumumba), de Fannon, de Krumah, de Furtado, de Céspedes, de González Pedrero y otros más?

Todo esto hacía **El tercerismo en el Uruguay** si hubiera habido ánimo de pensar en grande.

### *EL AGUJERO Y LA LLAVE*

Empero, no ha habido caso. El profesor, agredido en su fuero más íntimo, me trajo con imperio a lo importante. ¿Las polémicas del tercerismo tienen quince, veinte, o más de veinte años? ¿Quiso o no quiso Solari escribir un “ensayo” o lograr una “obra científica”?

Mi pasado, mi historia, ¿me autoriza o no me autoriza a opinar sobre estas u otras cosas y sobre todo –pecado capital– a no acatar sus dictámenes?

Cerrado el panorama hasta este agujero de llave (a cada cual el espacio visual que le guste), el profesor parece sentirse cómodo y aún me siento animado a anotarle algunos puntos.

¿Solari no habló de su “método”, lo sacó él de su imaginación? Sí y no, pero el profesor olvida que mis referencias a lo que él “colacionaba” –y ahí no aparecía el “método” para nada– apuntaban obviamente a su “segunda respuesta a un tercero”. Pienso que seré comprendido y absuelto si digo que no he pasado los calores relejendo las uberosas, comparables notas del profesor ni el libro de Solari hasta una enésima instancia.

¿Tenían “más de veinte años” las polémicas (o algo parecido) que cité? No, sólo tenían quince. Cuidaré en el futuro de atender a tan letales recursos dialécticos.

Ahora sólo diré en mi descargo que de cien personas que hayan leído la negación del profesor Ardao sobre polémicas de más de veinte años, noventa y nueve deben de haber entendido lo que yo, esto es: que esa negación incidía tanto sobre lo sustancial –las polémicas– como sobre lo adjetivo, su antigüedad. Puesto ante mis ejemplos, el profesor halló su escape. Pero sobre esto, todavía tengo algo que decir. Lo primero es que si la insistencia del profesor en este asunto no representa un capricho ligeramente pueril es porque él supone que las polémicas constituyen certificados indubitables de nacimiento para cualquier posición, actitud o tendencia. Y esto, que puede ser verdad para nuestro siglo XIX, no lo es tanto (serían largas las razones de ello) para nuestro tiempo.

Lo segundo que tengo que alegar es un poco menos teórico e incide directamente sobre el problema mismo de la data del tercerismo cuyo surgimiento abrupto y sin antecedentes, él –cerrándose a todas mis reflexiones– tan anticientíficamente sostiene. Como creo ya haberlo dicho, a mí no me interesa

la cuestión genética que al Dr. Ardao tanto le apasiona; me importa sí –y decisivamente– saber dónde está hoy el tercerismo y en qué rumbo va, un tema, en cambio, hacia el cual él, sospechosamente, parece sentir un marcado desvío. Pero a su campo vayamos, donde tal vez se puedan espigar algunas sorpresas.

¿UNA “CUARTA POSICIÓN”?

En la página 1 del órgano de FEUU JORNADA, Época VII, N° 8, de julio de 1944 –atiéndase la fecha– se halla estampado un manifiesto dirigido el 1º de mayo por FEUU a la clase trabajadora y en torno al recuadro que lo marca, una explicación a toda página del breve texto. Se titula **Junto a los oprimidos contra los explotadores** y está obviamente dirigido a replicar a las críticas de pro-nazismo y neutralismo (así me lo han confirmado veteranos dirigentes de ese tiempo) que desde el sector comunista el manifiesto suscitó. (¿Polémicas quería el profesor?). No en balde se subtitula una parte “*No somos neutralistas*” y se hace explícita afirmación de antinazismo. Al margen de ello, el sentido antisoviético y antiyanqui del manifiesto es archiexplícito, y si el profesor duda de ello aquí van algunos párrafos.

Se declara:

*“Hemos expresado la necesidad de organizar las fuerzas obreras y estudiantiles en un solo frente de insurrección contra y la reacción desembozada y bárbara del imperialismo rapaz. Esto ha causado sorpresa e indignación –¿pero entre quienes? –¿qué importa que esa sorpresa, esa indignación y esa rabia la experimenten quienes precisamente lo que temen es eso?”*

Se recapitula:

*“Que mientras se dice luchar contra el nazismo somos absorbidos cada vez más, y que aquí en este país, existen quienes le tienden la [...] desde las tribunas y desde las [...]”<sup>(1)</sup> hablan de una mentida democracia”.*

Se dirige a la clase obrera y se evoca su tradición de lucha. Se le recuerda que *“en cambio, en este 1º de mayo de 1944 estabais en la calle escuchando a los pregoneros de la ‘unidad nacional’, de la ‘conciliación’, del ‘arbitraje’. Escuchando quizás, sin saberlo, a aquellos que en los salones ministeriales o en Palacio invocando tu nombre, te entregan...”*

Con su poderoso sentido de lo esencial, dirá el profesor que todo lo anterior no vale por una tercera sino por una “cuarta posición”. Porque también estaban las posturas pro-Eje, desde la más ferviente y literal hasta las más instrumentales (“*el enemigo de mis enemigos es mi amigo*”) y reticentes. (Pues sobre este punto también podrían hacerse algunos distintos si es que ahora valiera la pena). Con su poderoso

sentido de lo esencial decía, el profesor le pondrá otro número. Pero el débil buen sentido de los lectores de esta querrela estará también en condición de resolver si este episodio de 1944 –antecedente y polémica– nada tiene que ver con el punto que discutimos.

(continúa mañana)

(1) Los paréntesis rectos indican palabras o pasajes ilegibles por error en la impresión del diario..